

Revista Electrónica de Psicología Política

“OTRA PSICOLOGÍA ES POSIBLE”^[1]

Lic. Leticia Marín^[2]

Quiero agradecer a Psicólogos sin Fronteras haberme solicitado que organizara algunas ideas para exponer aquí. Me complace pensar que el hecho de estar compartiendo este espacio con ustedes, tiene que ver con la proximidad de intereses con relación a nuestro quehacer psicosocial y que no sólo se debe a una cuestión de estima personal mutua.

En el marco de este encuentro, en el que convergen psicólogos con diferentes inserciones profesionales y/o académicas, muy probablemente con diferentes formaciones teórico-prácticas, de Argentina, de España, psicólogos recién egresados, alumnos de psicología y de disciplinas afines que se desenvuelven como voluntarios; frente al propósito de que podamos pensar acerca de otra psicología posible, yo me preguntaba: Cómo delimitar mi exposición?.

¿Cómo abarcar un tema con tantos abordajes posibles, sin devaluar lo que han dicho otros que se han ocupado tan bien del tema?

Sin embargo, he aprendido que siempre es posible recrear lo que ya fue dicho, cuando uno asume la propia perspectiva, que por ser propia, no quiere decir que la haya construido en soledad, tiene que ver con el intercambio, el diálogo con quienes se interesan en estas problemáticas y con la reflexión orientada a responder varios interrogantes acerca de lo que decimos y hacemos los psicólogos.

Digo esto para que no se piense que voy a presentar, hoy, una nueva psicología, mas bien me propongo interpelar algunos supuestos sobre los que se configuran enfoques o modelos de psicología y simultáneamente definir lineamientos de una psicología, que creo, puede ser más consistente con principios y prácticas de una inserción comunitaria.

OTRA PSICOLOGÍA ES POSIBLE, es el nombre con que PSF (Psicólogos sin Fronteras) San Luis Argentina y PSF Madrid, titularon su primera publicación conjunta y en la que enuncian una serie de principios y objetivos que comparten como organización civil. También dan cuenta, en esa publicación, de sus experiencias en Argentina, así como de las intervenciones realizadas en otros lugares, donde el dolor y el sufrimiento aquejan, por distintas circunstancias, a los grupos humanos. Tuve la gran satisfacción de presentar ese libro en este mismo lugar, hace muy poco tiempo. En esa oportunidad procuré reconstruir los distintos escenarios en que PSF ha intervenido y resalté la posición crítica y comprometida con que el voluntariado participa en diversas situaciones y condiciones.

En ese libro, que varios de ustedes conocen, PSF va perfilando “Otra psicología posible”, al narrar sus intervenciones sobre distintas problemáticas. Sin embargo, también se refleja allí, una búsqueda de apoyos que legitimen lo que hace esa Organización, mas allá del invaluable servicio humanitario consustancial al voluntariado. Creo yo, que este encuentro y las reflexiones compartidas en este encuentro tienen que ver con esa búsqueda.

Mi inserción académica indudablemente instituye marcas en mi discurso de las que no quise desvincularme, por el contrario, creo necesario incorporar algunos elementos del campo teórico y epistemológico, que nos permita fundamentar y diferenciar distintas psicologías, en un plano de diversidad de miradas y multiplicidad de prácticas.

También me interesa destacar que gran parte de mis reflexiones aquí, se inscriben en un contexto que vincula la demanda de PSF, con la que se ha generado en el ámbito de la carrera de psicología en la Universidad Nacional de San Luis, donde los estudiantes piden ampliar los espacios de trabajo comunitario, frente a la primacía de prácticas pre-profesionales de características clínicas.

Digo esto para situar mi exposición, pues me atrevo a suponer que nadie aquí objetaría la idea, que todo enunciado, teoría, todo lo que se habla, lo que se escribe, se dice desde un lugar, histórico, político, social, personal, disciplinar (todo ello imbricado) que marca, signa lo que se dice o no se dice.

De modo que las condiciones de producción de mi discurso actual devienen de una historia personal y colectiva. Así ocurre también con nuestras disciplinas vinculadas a lo humano y social, emergen de un contexto de producción de conocimientos que posibilita o habilita ciertos discursos y no otros. No decimos hoy las mismas cosas, que hacen veinte años, por suerte para nuestros alumnos, cambiamos conceptos y también nuestra posición frente a los conceptos, cambia el mundo, nosotros y nuestras producciones acerca del mundo.

Voy a permitirme hacer referencia a algunos aspectos de mi trayectoria de formación, no para hablar de mí, sino para ilustrar lo que quiero decir o hacia dónde encamino mis reflexiones.

Cuando yo inicié la carrera de psicología casi al finalizar la década del 60, los primeros años me situaron frente a una psicología unida entrañablemente a la filosofía. Los contenidos psicológicos se enmarcaban fuertemente en un contexto filosófico debido a la impronta de la formación de quien fue el principal gestor de la carrera y promotor del desarrollo de la psicología en Argentina el Dr. Plácido Alberto Horas.

Sin embargo, paradójicamente, también fue él quien brindó los elementos inspiradores para romper este lazo, cuando al desarrollar lo que en ese momento se llamó “psicologías objetivistas”, nos decía “la psicología se constituye como ciencia cuando consigue expulsar de su campo a la filosofía”.

Desde ese momento, algunos sentíamos que comenzábamos a incursionar en el trabajo psicológico serio, científico; la psicología se esforzaba para adecuar su objeto de estudio y su metodología a las exigencias de la Ciencia. De la mano del conductismo radical y luego del neoconductismo, del cognitivismo, algunos estudiantes encontrábamos un espacio en el cual desplegar nuestras críticas y rebeldías, frente a una carrera que había fortalecido un claro perfil psicoanalítico.

Había al menos dos psicologías, según la dicotomía que generaba nuestra inmadurez de entonces y cada una de ellas representaba modelos teóricos contrapuestos, las psicologías “objetivas” y el “psicoanálisis”, capaces de generar posiciones apasionadas, hasta dogmáticas, que en algunos perdura hasta el momento.

El encuentro con la psicología social, implicó ampliar la mirada y construir un marco conceptual y un nivel de integración diferente. Por entonces el campo disciplinar se había nutrido de muy diversos enfoques y tradiciones, por lo que comprendimos que también convivían en el mundo varias psicologías sociales.

Aunque en ese momento, inicios de los '70, la psicología social en estas latitudes, estaba muy anclada en la psicología social norteamericana, psicologista, cognitivista, con influencia de la sociología funcionalista predominante, en la carrera de Psicología de San Luis, estaba al frente de esa asignatura, un rebelde crónico, se autodefinía anarquista; destrozaba cualquier marco que pretendiera encorsetar sus lecturas de la realidad. Rodríguez Kauth, con él más que aprender a definir un campo disciplinar desde los desarrollos existentes, aprendimos algo más duradero como fue, dudar de los

criterios de verdad absolutistas y comprender que la psicología social como cualquier creación humana es un producto histórico y como tal tiene diferentes anclajes culturales, políticos y también académico científico.

Eso significó nuevas búsquedas frente a la insatisfacción con algunos enfoques. Y, paradójicamente y no casualmente, pude hallar respuestas cuando me reencontré con el campo de la filosofía, más específicamente de la epistemología y pude ponerle palabras a mi insatisfacción, el tema del conocimiento fue para mí el gran tema. ¿Cómo conocemos, qué conocemos?

Por otra parte, en los años 80, luego de siete años de sujeción a un régimen de terror que significó la dictadura militar en Argentina, emergió con total crudeza una realidad social, cultural, educativa, política que requería una psicología social capaz de interpretar el devenir de una sociedad fragmentada, desconfiada, temerosa y neutralizada políticamente. Una psicología social que definiera ideológicamente sus lealtades, al servicio de qué intereses producía conocimientos y prácticas, posición que ya se había gestado antes del proceso y que para algunos que se ubicaron allí, les significó la expulsión y hasta el exilio.

Además, habíamos comprendido también, que la historia de Argentina, no era ni es una historia aislada. La opresión, el sometimiento, la indignidad de la pobreza, de la marginalidad y la desafiliación de sectores cada vez más numerosos de la población, la violación de todos los derechos, es común a los pueblos latinoamericanos y de otras partes del mundo.

En ese marco, a mediados de los años setenta y la década del ochenta se construye otra Psicología en Latinoamérica, producto no sólo del quehacer académico-científico sino del compromiso político, que permitió generar una psicología social teórico práctica, que generó una visión crítica de la realidad.

Sin embargo no fue en Argentina donde prosperó, de modo significativo en esos años, el trabajo con la comunidad desde esta visión de participación crítica; sí, se realizaron importantes experiencias a nivel grupal, institucional y en el campo de la salud mental, inspiradas en los importantes desarrollos de Bleger, Pichón Riviere, Kesselman, así como de la educación popular.

Quizá, el tejido social dañado, el clima de temor, desconfianza e impotencia que dejó el devastador proceso militar, la práctica psicológica mucho tiempo amorralada y el miedo que impregnó nuestra conciencia; así como, el accionar clientelista de los partidos políticos en los barrios, no permitieron la emergencia de condiciones para trabajar, con tranquilidad, una psicología comunitaria crítica hasta mucho después.

No obstante, seguimos de cerca el desarrollo, en otros países de Latinoamérica, de una concepción relevante para el trabajo psicosocial con la comunidad, como la que impulsara en Venezuela Maritza Montero, E. Wiesenfeld, Alejandro Moreno, Euclides Sanchez; en Puerto Rico Serrano García, en Colombia Luis Escobar, entre muchos otros. De gran importancia también, fueron los principios esclarecedores y las modalidades metodológicas que propició Ignacio Martín Baró desde El Salvador donde nutrió su producción psicosocial desde una militancia sociopolítica que le costó la vida.

En Argentina Rodríguez Kauth fue pionero en el desarrollo de una Psicología Política, que fue cobrando entidad propia como un nuevo nivel de análisis e interpretación de los hechos, el nivel psicosociopolítico que complementa el quehacer comunitario. Conjuntamente con M. Montero, Martín Baró, y otros publican el primer libro de Psicología Política latinoamericana. Todo ello inscripto en el dispositivo de dominación sumisión, que permitía definir las relaciones sociopolíticas de Latinoamérica.

En el ámbito comunitario, en Argentina fueron abriendo camino Enrique Saforcada, Antonio La Palma, Eduardo Nicenboim, entre los que recuerdo y que continúan profundizando ese quehacer.

Con esos antecedentes, llegamos a los tiempos actuales, tan difíciles y angustiantes para los habitantes del mundo. Con un escenario internacional, complejo para entenderlo desde la lógica de la razón disciplinante de la modernidad, que nos dejaría en un callejón sin salida.

Ahora se amplía de manera notable la posibilidad y la libertad para acceder al conocimiento, pero los caminos a seguir son múltiples y los resultados no tan previsibles.

Una capacidad de innovación tecnológica y científica extraordinaria puesta al servicio de la medicina, de la producción de alimentos, de las comunicaciones, sin embargo, mucha gente muere sin recibir atención médica, millones de niños padecen hambre, desnutrición, violencia, más personas permanecen incomunicadas, segregadas, discriminadas y condenadas a la desafiliación total. Víctimas de guerras convencionales y no convencionales, terrorismo, narcoterrorismo, dictaduras, seudodemocracias y discursos contradictorios en diferentes niveles de la vida social, que acorralan a personas manipulando sus necesidades.

Se han creado nuevos desafíos frente a un poder omnipresente que atraviesa nuestra vida cotidiana y condiciona nuestro existir con decisiones que emanan de un no lugar y legitiman un orden mundial. ¿Dónde se decide nuestro presente, se proyecta nuestro futuro, dónde se da sentido a nuestra historia? ¿Desde dónde se pone fin a la historia?

Aquí y ahora en Latinoamérica, en Argentina, en San Luis, ¿qué fuerzas actúan atrás de lo visible, qué matrices de pensamiento sirven de soporte a las acciones políticas que parecen moldear un ser social, como si fuera una escultura en piedra, a la que se le imputan signos

de identidad?; ¿Qué piensa, siente y hace el hombre común?; Cómo evalúa su lugar en el mundo? ¿Cual es su mundo?

¿Qué papel juega la psicología frente a los problemas que genera, sobre todo en países dependientes, la globalización económico financiera, en cuya lógica no entra el hombre común?.

¿Desde qué lugar los psicólogos nos planteamos estos interrogantes?.
¿Desde la lectura crítica de la realidad?. Es posible, pero crítica con relación a qué?

¿Reconocemos en esa lectura de la realidad nuestra inserción sociocultural, posición política, formación académico-profesional, por mencionar sólo algunos aspectos de nuestra configuración como sujetos históricos?.

¿Qué idea de sujeto hemos construido cuando suponemos, por ejemplo, que puede ser moldeado como una piedra? ¿Qué factores y dimensiones convergen en esa construcción?.-

¿Qué sentido tiene plantear estas cuestiones que son complejas de responder? O por el contrario ¿son simples?. Se podrían dar respuestas simples, ¿pero sirven?, ¿a quién?

Las respuestas a estos interrogantes, no sólo tendrán que ver con la posición ideológica política, que de manera consciente o no, ponemos en juego al configurar nuestra práctica profesional, sino que estoy convencida que esas respuestas también se vinculan a ciertos supuestos que actúan como aprioris conceptuales en la manera de pensar o hacer psicología.

En el caso de una práctica pensada desde una psicología comunitaria, esos supuestos se transforman, desde mi punto de vista, en obstáculos epistemológicos, que de no hacerlos conscientes, podrían generar interferencias o dificultades en el logro de objetivos.

Por ello si bien no haré una profundización en cada uno de estos obstáculos, que seguramente no son nuevos para ustedes, me interesa revisarlos y simultáneamente comentar posibles formas de derribarlos al construir otra mirada. Luego me interesa mencionar algunos ejes que creo importantes al concebir otra psicología para trabajar en nuestro medio.

El primer obstáculo es lo que Fernández Crislieb, Psicólogo social mexicano, denomina epistemología de la distancia.

La creencia acerca de que es posible tener un conocimiento objetivo y neutro acerca de la realidad.

Esta idea, que es un pilar importante del discurso científico del siglo XIX y parte del XX, en el marco del liberalismo económico es consistente con la idea de un orden natural, que tiene su propia legalidad, que no depende de la voluntad de los hombres y es de carácter objetivo. Como principio, no sólo da un condicionamiento epistemológico al método de la ciencia, sino que también va a impregnar el conocimiento de sentido común con que interpretamos la realidad cotidiana en ese proceso de reificación del mundo social.

Esta concepción, lejos de ser aséptica como ella misma se presenta, va a brindar un andamiaje ideológico importante al capitalismo, mas concretamente al neoliberalismo, al legitimar "científicamente" - a través de la sociología, la política, la economía y la psicología- las relaciones del hombre con su entorno material y social. Desde esta perspectiva la ciencia tiene que develar las leyes del orden natural y dejar que este orden fluya libremente - la oferta y la demanda, la división del trabajo, la renta, el intercambio, el mercado, el consumo, las relaciones asimétricas, la ley del más fuerte o mejor capacitado

- sin que interfiera ninguna forma de ordenamiento creada por los hombres, como el estado u otra forma política o social organizada.

Ello supone que el psicólogo debería mantener una posición distante respecto a la comunidad, definir su accionar según le indican la rigurosidad del método, sus postulados teóricos y la validez de los datos que toma también en forma objetiva. Así podría describir y explicar en un marco objetivo, las causas de una realidad que es independiente de él y de la que tiene que construir una representación lo más fielmente posible.

Pero los psicólogos sociales hemos comprendido, hace tiempo, que nuestro conocimiento y discurso nunca es neutro, que no es que nuestro conocimiento y nuestro discurso, estén dando cuenta de una realidad, sino que, conocimiento y realidad se constituyen recíprocamente,

Nuestra mirada, forma parte de lo que miramos y lo que miramos lo configuramos con nuestra práctica. Por eso es tan importante, esa vigilancia epistemológica de la que nos habla Bachelard. La forma en que nos acercamos a la comunidad, las prácticas con las que construimos nuestros conocimientos de la comunidad, las maneras de usar esos conocimientos, remiten a aquéllos presupuestos que hacen a nuestra historicidad, a la sociedad, la cultura, la situación política, a nuestra trayectoria de formación, nuestras prácticas y elecciones éticas.

Cuando el psicólogo llega a la comunidad entra en un mundo de relaciones cargadas de afectividad, de conflictos, de deseos, en las que necesariamente queda implicado. Entra en una realidad que le impone pensar en términos de complejidad.

La implicación y la complejidad están ahí, sólo tiene que ser capaz de verlas. Ello también le significa un trabajo de reflexión y planificación metodológica, controles y evaluaciones, aunque lo suficientemente flexible como para dar cabida a lo nuevo, a lo diferente, a lo heterogéneo.

Pensar la complejidad desde la implicación no es igual a pensarla desde la teoría de Edgar Morín, dice Alejandro Moreno cuando analiza su experiencia comunitaria en sectores populares de Venezuela.

En este caso estamos inmersos en un proceso de conocimiento desde una práctica concreta, donde el rumbo no está trazado sino que se construye sobre una diversidad que obliga a reestructuraciones permanentes de relaciones entre diferentes niveles y dimensiones. Niveles: personal, familiar, vecinal o comunitario, institucional, político local, mundial.

Dimensiones: de poder-saber, de la vida cotidiana, situacional histórica, relación teoría- práctica.

Todo ello converge en una práctica, en una relación y con ello hay que contar.

El conocimiento, desde una perspectiva histórica, refiere a distintas formas de configurar las ideas que circulan en los imaginarios sociales de distintos colectivos humanos en un tiempo determinado. Mitos, creencias, significaciones emergen en los discursos y en las prácticas que desarrollan las personas y dan cuenta de los modos de percibir e interpretar lo que les sucede.

Hacen varios años que el conocimiento de sentido común, las creencias empírico espontáneas que circulan en el ámbito cotidiano, han sido rescatadas por enfoques críticos de Psicología social.

Se reconoce en ellas el nivel de construcción simbólica que instituye un mundo social, espacio temporalmente situado y en el que se configuran procesos de constitución de sujetos.

En ello pensaba en la reunión a la que asistimos ayer en este encuentro cuando se decía, desde otro paradigma, "las mujeres de sectores pobres tienen que usar anticonceptivos". Nosotros hemos sabido de estudios acerca de la representación social que de su cuerpo construyen algunas mujeres, quienes identifican simbólicamente el útero con un: "tabernáculo sagrado de la vida"

(asociado a una cultura religiosa, a lo sagrado- inviolable, a la reproducción). Cómo no pensar que sobre esta representación habrá que trabajar mucho, para que efectivamente una mujer incorpore con convicción una modalidad anticonceptiva.

Aunque primero sería esperable que analicemos de quién es la necesidad de modificar esa representación. El porqué de ciertos dispositivos políticos, activados para que las mujeres no tengan muchos hijos en un país con grandes extensiones sin poblar y con una capacidad potencial de producir alimentos para cuatrocientos millones de personas.

Estos imaginarios tienen una gran fuerza instituyente y no es posible obviarlos, cuando uno pretende generar cambios de prácticas en beneficio de una comunidad.

Sin embargo, aún hoy estos conocimientos son desvalorizadas por los enfoques positivistas en ciencias sociales y excluidas de su campo de estudio, ya que no son datos válidos para un "conocimiento verdadero".

Y este es el segundo obstáculo que nos distancia de la comunidad.

La creencia en que un conocimiento verdadero es aquél que representa más fielmente la realidad objetiva.

¿Cuál es la realidad de una comunidad, la que describe el psicólogo, el político de turno, la propia comunidad?

En principio, desde el punto de vista de nuestra vida cotidiana, por supuesto que nos manejamos con el concepto de lo real y lo verdadero,. La vida cotidiana se sustenta en supuestos incuestionables que constituyen la cultura común de la que habla Garfinkel, ese es el nivel en que nos manejamos todos, nos entendemos sobre la base de ciertas certezas y sobre las que trabaja el psicólogo comunitario. La realidad de la que parte, es la que ha construido la comunidad, que será quien producirá los cambios a medida que valore la importancia de los mismos.

El propósito será de-construir y reconstruir críticamente el conocimiento de la realidad rescatando los valores, intereses, principios o criterios con que fue configurado, para decidir qué es válido y qué no para los objetivos de la comunidad. Creo yo, que una meta importante es procurar que la comunidad revele lo que oculta el sentido común de la vida cotidiana.

Los psicólogos sociales hemos debido cuestionar algunos criterios de verdad con relación a los objetos de conocimiento, o al menos explicitar desde dónde estamos diciendo que un conocimiento es verdadero.

Eso significa aceptar que no hay una única verdad, que hay patrones intersubjetivos y transubjetivos consensuados en una comunidad y en una sociedad en un momento dado, con los que evaluamos y medimos si un conocimiento es verdadero.

También hay criterios que devienen del entramado de fuerzas que intervienen desde diferentes espacios, políticos, académicos, científicos, éticos, que definen, lo que hoy es normal o patológico, es deseable, conveniente o no, real o no. Ese dispositivo es el que hace visible ciertas cosas y oculta otras.

Esto es inmanente al carácter histórico del conocimiento y con ello no adhiero a posturas de extremo relativismo, creo que es posible reconocer criterios que gozan de amplios consensos por que asientan sobre el propósito explícito de preservar la condición humana en todas sus dimensiones.

Estos criterios son los que están contenidos en las declaraciones y convenciones internacionales de derechos humanos y sociales, los derechos de los pueblos, de los niños. Creo que son una buena guía para definir la validez de un conocimiento, todo aquél conocimiento que sirva para preservar estos derechos podría reconocerse como verdadero.

Para la dignidad humana, por ejemplo, la pobreza es intolerable. Sin embargo parece ser aceptada como tantos males inevitable. Ello no es independiente de las versiones que construyamos acerca de la pobreza. Son estas versiones las que definirán la forma de actuar frente a la pobreza.

Podemos definir la pobreza focalizando los pobres (en términos estigmatizantes, como veíamos ayer, causa de violencia, de delincuencia) o focalizando las políticas que distribuyen la riqueza, o las estrategias de sobre-vivencia que perpetúan la pobreza (como los planes sociales). Las consecuencias de estas definiciones (en este caso simplificadas para ilustrar), las prácticas que instituyen y reproducen, serán absolutamente importantes en la manutención o erradicación de la pobreza.

En el plano de nuestra práctica, pretendemos, que el trabajo con la comunidad se realice en un marco de intercambio y creación de conocimientos cuya utilidad se relaciona con su capacidad para satisfacer las necesidades, solucionar los problemas, superar los obstáculos, mejorar las posibilidades y desarrollar las potencialidades.

Un conocimiento será verdadero si nuestra práctica comunitaria contribuye a que ese grupo humano mejore sus condiciones de vida, fortalezca sus recursos para solucionar los problemas de su vida cotidiana y afiance su capacidad para reclamar sus derechos, desde la comprensión y explicitación de su ser histórico social

Un tercer obstáculo para trabajar con la comunidad es la utilización de un modelo clínico, centrado en los procesos intrapsíquicos y que por haberse inspirado en el modelo médico, busca causas internas a la dolencia.

Igual sesgo introduciríamos si por un exceso de sociologismo buscáramos la causa del problema en el sistema social o sus derivaciones institucionales. Varias psicologías caen en un u otro polo de una relación que se piensa en términos binarios

Es previsible que al trabajar con la comunidad el psicólogo detecte problemas o recepte demandas que requieren una atención individual, por ejemplo dificultades de aprendizaje, desarrollo de habilidades sociales, orientación escolar, comportamientos violentos. La dificultad no está, en la atención individual, sino la visión que asumamos acerca del sujeto y de su relación con el problema.

Pensar en términos psicosociales significa transformar la mirada acerca del problema y por lo tanto el problema. Requiere integrar los niveles subjetivos, intersubjetivo y transubjetivo al construir el problema, como mencionaba anteriormente.

En ese marco, de una clínica centrada en la enfermedad se requiere pasar a una psicología centrada en la salud, en la prevención, que trabaje con las posibilidades y no con los déficits, con las relaciones familiares, comunitarias y con las relaciones de una comunidad con el resto de la sociedad.

Veamos ahora: Otro obstáculo que atentaría con los propósitos de una psicología comunitaria, se refiere a la creencia de que puede haber una teoría que no refiera a una práctica o que puede haber una práctica sin apoyatura teórica.

Con relación a lo primero, yo diría que lo que hace útil a una teoría es su capacidad para organizar relaciones entre hechos observables o inferir otros, sobre la base de ciertos observables y darle un significado y un sentido a esas relaciones. Por supuesto

que como decíamos, una teoría nos puede conducir a observar con anteojeras y ver lo que queremos ver, como cuando se acomodan los datos estadísticos para presentar indicadores que favorecen una versión de la realidad.

Es por esto que prefiero resaltar los aspectos epistemológicos, ellos son orientadores de la mirada y dan consistencia a las teorías, aún cuando no siempre somos conscientes de ello.

Creo, que la generación de teoría a partir de la observación y contrastación de hechos, como parte de una actitud investigativa permanente o desde la evaluación de las prácticas, es imprescindible, porque de lo contrario la experiencia comunitaria se pierde.

Es diferente pensar una comunidad o lo que le sucede a una comunidad, a un grupo, a una institución, desde una perspectiva teórica o política, que desde la práctica social directa y espontánea con esa comunidad, por señalar sólo un aspecto de esta problemática.

Pero también, práctica sin teoría, no tiene rumbo, ni destino. Solo tiene metas a corto plazo, que serán difíciles de evaluar en el marco de objetivos más amplios.

La psicología comunicaría es una forma de hacer psicología, por lo que involucra la construcción conceptual de relaciones, no sólo porque ello forma parte de la reflexión acerca de la práctica, que luego vuelve sobre ella, sino porque hay un compromiso implícito, con la comunidad psicológica de producir conocimiento sobre experiencias que sirvan a otros. Así lo han hecho y lo hacen quienes generan el corpus de conocimientos que le da entidad propia a esta psicología y que permite hallar criterios para diferenciarla de otras.

Por último con relación al tema epistemológico, voy a referirme a lo que considero el principal obstáculo (porque contiene a los anteriores)

para una inserción comunitaria adecuada desde una psicología social crítica.

Voy a tomar para introducirlo palabras de Alejandro Moreno cuando hacen varios años en Venezuela daba cuenta de su primer acercamiento a una comunidad desde el compromiso personal y profesional.

“Partí de mi mundo y de mi episteme. Ahora lo sé; entonces no lo sabía. No sabía ni siquiera que tenía un mundo y una episteme. Probablemente no pensara que existieran mundos sino que el mío era simplemente el mundo”.

La mayor interferencia que podemos encontrar en el trabajo con la comunidad proviene de realizar diagnósticos de necesidades, de recursos, de fortalezas y debilidades desde nuestros propios parámetros.

Muchos podrán decir que para eso fuimos formados. ¿No es desde el saber especializado, que generalmente ejercemos nuestras prácticas profesionales?

En el trabajo comunitario esto es un obstáculo. Porque ello no tiene que ver con el saber especializado sino con la concepción que tenemos acerca de la naturaleza del conocimiento.

No perder de vista el carácter generativo y constructivo del conocimiento, nos llevará a preguntarnos acerca de qué conocemos? ¿Qué es posible conocer acerca del mundo de la comunidad desde nuestras matrices de pensamiento? ¿Cómo conocemos el mundo de la comunidad desde su mundo y desde el nuestro? ¿Cómo o desde dónde relacionamos ambos mundos, sin que se produzca una fusión que nos confunda?

El psicólogo comunitario crítico sabe que lleva consigo su mundo en la formación profesional, en sus teorías, sus métodos y sus formas de conocer.

Que si no es conciente de ello, no logra el encuentro con la comunidad o corre el riesgo de pegarse a los procesos cotidianos de la comunidad y perder la especificidad del papel que desempeña en la comunidad. En lugar de la implicación se produce la fusión, que no le permite luego hacer la construcción de conocimientos de segundo orden, es decir desde su disciplina.

Si el psicólogo, desconoce la episteme de la comunidad, esto es la versión que la comunidad tiene del mundo, aún cuando en apariencia su intervención prospere, la comunidad se acomoda a los deseos del psicólogo y responde a ellos, como también lo hace a las intervenciones de las instituciones del estado.

Cuando el psicólogo sale del campo de intervención, la comunidad reacomoda su práctica a su mundo habitual.

De modo que los conocimientos teóricos prácticos que el psicólogo posee podrían socializarse con la comunidad luego que la cultura de la comunidad se haya manifestado.

Ello supone el reconocimiento del valor de esa cultura popular, de la vida cotidiana de la comunidad y de la implicación del psicólogo con esa perspectiva, como base desde dónde construir conocimientos compartidos.

No es invocando la retórica de la verdad que se pueda participar en los procesos de transformación y crecimiento comunitario.

Eso es también lo que hacen los funcionarios que dicen preocuparse por los problemas de la comunidad, que ellos definieron previamente. A la hora de convocar a la comunidad, sólo encuentran una conformidad simulada, indiferencia, apatía.

Por ello diferenciaba, hace un momento trabajar “en” la comunidad de trabajar “con” la comunidad.

Ahora bien, ¿cómo sería un modelo de psicología, que sorteando estos obstáculos pudiéramos desarrollar en nuestro medio social y académico?

Sólo enunciaré lineamientos generales que se inscriben en sistematizaciones anteriores de quienes nos aventajan en experiencia.

Fundamentalmente creo que necesitamos abrir un espacio en el que nos ubiquemos, con modestia, solidaridad y deseos de construir una inserción profesional trabajando con la comunidad.

En primer lugar, deberíamos definir la comunidad a partir de la práctica que pretendamos desarrollar y el tipo de intervención posible según dónde situemos la demanda. Esta definición dará lugar a una particular configuración del plan de trabajo.

La comunidad la ubicamos en el espacio de lo público, lo que no tiene que ver con lo oficial, con lo gubernamental, el vecindario, las familias, el club, la comisión vecinal, las iglesias, los foros, las asambleas, es allí donde transcurre la vida cotidiana del sujeto, ámbito por excelencia de desarrollo de la subjetividad.

También es el ámbito privilegiado de naturalización de prácticas que refuerzan la reproducción de un orden al servicio de procesos hegemónicos de subjetivación.

El abordaje comunitario involucra a la comunidad y a los sujetos en tanto miembros de esa comunidad y supone estrategias metodológicas que permitan superar obstáculos y resolver conflictos, en procesos simultáneos con la concienciación acerca del mundo en el que viven y el mundo al que pueden aspirar.

Me agrada pensar que es posible el desarrollo de una psicología con la comunidad desde un modelo de acción participativa, democrática y autogestiva, cuyos objetivos, estrategias organizativas y metodológicas, se generen en la comunidad, a partir del diagnóstico de necesidades producido por la propia comunidad.

Podrá incluir o no proyectos institucionales, asistenciales dependiendo de los intereses o necesidades puntuales de la comunidad.

Los objetivos podrían ser orientados en base de al menos el desarrollo de dos procesos, quizá con diferente nivel de profundidad según sea el área problema y la modalidad de la práctica comunitaria. Ellos son la concienciación y el fortalecimiento.

Es con relación a estos procesos que se produce el acercamiento a la comunidad y la planificación conjunta de objetivos y actividades.

La concienciación o la concientización desde la concepción de Pablo Freire, involucra el sentido de facilitar el desarrollo de niveles superadores de conciencia sobre sí y el mundo, con vistas a una transformación. Este es un proceso de crecimiento de la comunidad en el sentido de su autonomía. Martín Baró daba mucho valor a la concientización en el sentido acuñado por Pablo Freire en el marco de la alfabetización.

Sin embargo aunque resulta muy sencillo adherir a esa valoración en tanto persigue que las personas construyan un saber crítico sobre sí mismos, sobre su mundo y su inserción en ese mundo; requiere una relación muy estrecha con los integrantes de la comunidad que no siempre es posible sostener.

No obstante, creo que debe estar presente, al menos como horizonte de nuestro quehacer con la comunidad. Operativamente es conveniente definir la concientización en función de las características de la comunidad con que se trabaje, de la modalidad de intervención,

y del compromiso e implicación que sea posible desarrollar en cada caso. En general la concienciación o concientización involucra varios objetivos pero a modo indicativo tomo aspectos generales de lo sugerido por Kieffer y que rescata Maritza Montero en su libro sobre Introducción a la Psicología comunitaria:

*- desarrollo del sentido de ser-en- relación –con el mundo, de no sentirse aislado en un mundo que se experimenta como ajeno e independiente de nosotros.

*- Construcción de una comprensión cada vez más crítica (en el sentido evaluador) de las fuerzas sociales y políticas que componen nuestro mundo.

*- Redefinición de la participación social y política en términos de la construcción de ciudadanía.

En sociedades como la nuestra, supone el desarrollo de roles socio políticos que permitan a las personas comprometerse en la vida pública, ello es construir ciudadanía desde la defensa de los derechos sociales y políticos. Esto significa una comprensión de la acción comunitaria como constitutiva de ciudadanía

El fortalecimiento incluye el desarrollo de estrategias personales y colectivas para una inserción activa en el diagnóstico y solución de los problemas de la comunidad.

Supone: -un reconocimiento y valoración de los recursos existentes, personales, sociales, políticos, de las debilidades y carencias.

-desarrollo de competencias y habilidades que instrumenten a las personas para operar de manera positiva sobre situaciones adversas, vencer obstáculos.

-trabajar sobre formas de pensamiento y afectos negativos, promoviendo desde la práctica la construcción de expectativas positivas con relación a la actividad comunitaria. Desde la psicología Social se ha observado en numerosos trabajos que los sentimientos de desesperanza, impotencia, ineficacia, dependencia, con que se impregna la vida cotidiana luego de reiterados fracasos, son obstáculos que parecen romperse, sólo cuando las personas saben que tienen control sobre las situaciones y poder para lograr sus propósitos.

El fortalecimiento psicológico, social y comunitario es producido, no recibido, por las personas involucradas en procesos comunitarios autogestivos. De este modo estaríamos enfatizando el proceso colectivo de construcción de un poder y un control, sobre las relaciones, decisiones y acontecimientos de la vida de la comunidad y sobre las relaciones con el resto de la sociedad y con los poderes públicos.

Frente a teorías eficientistas y tecnocráticas diseñadas para legitimar el orden global que propicia el neoliberalismo, creo que el desafío es desarrollar formas organizativas autónomas y democráticas en las comunidades, sean estas pueblos, barrios, sectores, instituciones intermedias. Con criterios inclusivos que dejen de lado cualquier forma de discriminación.

Creo la conveniencia de pensar los problemas desde la realidad local pero sin perder de vista la complejidad del mundo actual, con relación al que, en todo caso, deberíamos definir cómo queremos tomar posición.

Así como la participación de la comunidad es consustancial a esta perspectiva también lo es el compromiso del psicólogo con la investigación como parte de la práctica comunitaria. Desde allí, es posible la permanente construcción de conocimientos como resultado

del encuentro creativo del saber de la comunidad y el saber especializado del profesional.

Una reflexión que no puedo obviar aunque reconozco que sólo haré una aproximación a lo que creo merece más atención y tratamiento, se refiere a la práctica profesional del psicólogo y el trabajo del voluntariado.

Una primera cuestión se vincula al hecho que es difícil que el psicólogo profesional viva dignamente del trabajo comunitario, de no ser bajo la dependencia de algún organismo u organización que financie esta actividad, difícilmente podría constituirse en una opción profesional para alguien.

Es por esto, que en muchos casos, el deseo de poner los conocimientos específicos de la psicología al servicio de la comunidad, los psicólogos lo deban canalizar por la vía del voluntariado, como complemento de sus otras actividades

El voluntariado sobre todo de organizaciones como PSF, ha debido hacer frente a una variedad de situaciones de crisis o emergencias de diferente índole. Ello significa trabajar sobre la necesidad o la demanda, poniendo en juego las capacidades y habilidades para dar respuestas inmediatas.

El psicólogo voluntario se moviliza ante la necesidad de otros, como lo hace, también, en la práctica profesional, Dedicar parte de su tiempo a trabajar a favor de los demás, de intereses sociales. Desarrolla una tarea que quizá no podría cubrirse de otra forma en estos momentos o quizá si. No lo sabemos, lo real es que llena un espacio de la demanda social que el estado no cubre.

No sé si esto es bueno o no. Por ahora queda claro que podríamos ser funcionales al estado neoliberal, pero también podríamos ser facilitadores del desarrollo de conciencia crítica frente a ese estado, como veíamos desde la psicología comunitaria.

Pero lo que me interesa señalar, es que el proyecto del psicólogo voluntario podría ir mas allá de la intervención focalizada, y vincularse al proceso de conceptualización y revisión teórica de la práctica, así como a procesos mas amplios de transformación social.

De lo contrario, no le hace bien a la Psicología, en tanto disciplina en nombre de la cual se realizan las prácticas, porque no genera teorías sustantivas, que sirvan a otros; pero tampoco al psicólogo voluntario en tanto no recibe reconocimiento por parte de sus pares

En realidad un aspecto de fondo que debería plantearse es si es posible ser voluntario desde una práctica que está bajo vigilancia disciplinar.

El voluntariado supone libertad de asociarse con otros, con fines altruistas, prestar cooperación, ayuda, con criterios amplios. Es un militante social.

La práctica del psicólogo comunitario que también implica este compromiso de ayuda y servicio, responde además a su compromiso con la comunidad psicológica que es quien prestará o no reconocimiento a su trabajo y los resultados que produzca. Es un tema abierto, que

^[1] Conferencia Presentada en el Encuentro Internacional de Psicólogos Sin Fronteras "Otra psicología es posible", realizado en la Universidad Nacional de San Luis, en agosto de 2005.

^[2] Profesora Titular de Psicología Social. Departamento de Psicología. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de San Luis. Investigadora Cat. II. SECYT. Argentina